



QUECA

El Rey llega al Congreso para presidir el comienzo de la actual legislatura.

Felipe González se confiesa con Vilallonga

«Es cierto, nos equivocamos todos con don Juan Carlos»

En 1982, poco antes de las elecciones generales, José Luis de Vilallonga grabó ocho horas de conversación con Felipe González, con destino a una serie internacional de televisión. Ahora se ha transformado en libro de próxima aparición. tiempo ha seleccionado del diálogo dos parcelas casi inéditas del pensamiento del actual presidente del Gobierno: el Rey y el 23-F.

—¿Qué clase de contactos tuvistes con el actual monarca antes de la muerte de Franco?

—Ninguno, no tuve ninguno. Ni con don Juan Carlos, ni con su padre. Resulta algo original y casi hasta bonito, si se tiene en cuenta la cantidad de gente que trataba de acercarse a los dos personajes en los últimos meses que precedieron al fallecimiento del general. Se había montado por aquel entonces aquella plataforma política llamada la Junta Democrática a la cual perteneciste

tú como figura independiente. Aparentemente y por más que se nos haya querido hacer creer lo contrario, la Junta nunca estuvo ligada al padre del Rey. Yo creo que don Juan es un hombre lo suficientemente inteligente para trazar líneas políticas que le permiten guardar las distancias convenientes. Dicho esto, recuerdo que a mí me invitaron varias veces a través de ciertos contactos con la Junta Democrática a algunas de estas reuniones que tenían lugar en Estoril, precisamente en Villa Gi-

ralda, domicilio particular de don Juan de Borbón. Se me explicaba por aquel entonces que el demócrata era don Juan, en tanto que su hijo, como heredero evidente de la dictadura, ni era ni podía ser nunca un Rey democrático. ¡Fíjate en la visión política que tenían aquellas gentes! Insistían en que había que legitimar cuanto antes al padre, lo que significaba obviamente que había que deslegitimar al hijo. Yo me negué desde el principio a entrar en ese juego.

—Pues has sido uno de los pocos españoles que no cayeron en esa trampa.

—Sí, ya lo sé. Fui, como tú dices, uno de los muy pocos. Por eso lo recuerdo todo con tanta nitidez. Yo estaba convencido de que no tenía nada que hacer en Estoril. Sustituir la posibilidad que personificaba don Juan Carlos por la hipotética posibi-

lidad de un reinado del conde de Barcelona me parecía jugar a un juego peligroso, en un terreno desconocido, y por reglas dictadas por otros. Yo no creía, por ejemplo, que don Juan se interpusiera nunca entre el trono y su hijo. Y si tuviera la intención de hacerlo, habría seguramente una madre, una reina madre que no estaría de acuerdo con que esa operación se llevara a cabo.

Error histórico

—En parte, eso fue exactamente lo que ocurrió.

—No lo sé. No he entrado nunca en la intimidad de esa familia. Sólo he hablado una vez en mi vida con el conde de Barcelona, siendo ya su hijo el Jefe del Estado. Por consiguiente, y como te decía, yo nunca viajé a Estoril. Me parecía absurdo, dada la situación en España, montar una operación «padre contra hijo». Eso pertenecía a la historia medieval de la realeza, pero no a su historia moderna. Las sociedades son lo que son, incluso para los reyes. Tampoco tuve contacto alguno con don Juan Carlos antes de que fuera rey. El primer contacto entre la monarquía española y el socialismo tuvo lugar después de las elecciones del 77. No fui yo quien se entrevistó per-

«El PSOE no era monárquico porque la monarquía había sido antisocialista»

sonalmente con don Juan Carlos, sino un personaje representativo del socialismo español. Fue la primera vez que un Rey de España tomaba contacto con alguien del partido.

—En efecto, porque don Alfonso XIII, que se había entrevistado en París y en Londres con socialistas franceses y laboristas ingleses, jamás, jamás tuvo contacto alguno en Madrid con los socialistas españoles. Su entorno no se lo permitió nunca.

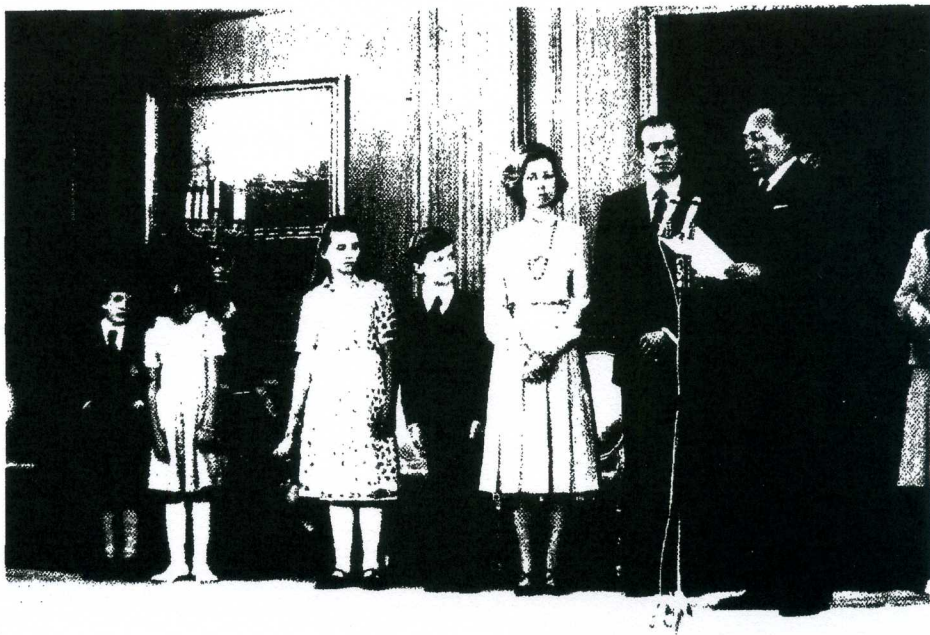
—Tampoco creo que en aquella época los socialistas españoles insistieran mucho en verse con el monarca.

Felipe hace un gesto amplio, en el que toman parte la cabeza y las manos, y que viene más o menos a significar que, a Dios gracias, vivimos en otros tiempos.

—Es curioso —le digo— que tú



Felipe González con el autor de la entrevista.



Don Juan pidió «ayuda a fondo» para su hijo.

hayas comprendido tan claramente desde un principio lo que se cocinaba en Estoril. Porque incluso los actores de aquel drama, con relentes decimonónicos, se movieron con recelos por terrenos peligrosamente pantanosos. Yo estuve con don Juan precisamente el día anterior a la muerte de Franco.

—¿En París?

—Sí, en París. En casa del marqués de Marianau, un catalán que le prestaba el piso al conde de Barcelona cuando éste visitaba la capital francesa.

—¿Para qué fuiste a verle exactamente?

—Porque, pese a los mensajes es-

critos y telefónicos que le habían mandado Antonio García Trevijano y Calvo Serer, don Juan evitaba todo contacto con los miembros de la Junta. Dadas las circunstancias, Carrillo, que se las sabe todas, me había dicho: «Pídele audiencia tú. En tu calidad de Grande de España, no te la negará. Cuando le veas le dices...»

—¿... que a ver qué pasa?, me interrumpe Felipe con socarronería.

—No exactamente. Querían que le dijese que al negarse a hablar con ellos estaba malgastando su última oportunidad.

—¿De qué oportunidad se trataba?

—Querían que don Juan anunciase públicamente su próxima entrada en la Junta Democrática de España. Según ellos, ésta y no otra era la puerta de acceso al trono que le esperaba en el palacio de Oriente.

Felipe ríe sosegadamente.

—*¡Me imagino las caras que pondrían las gentes de don Juan al anunciar éste su afiliación al club del que Santiago Carrillo era uno de los miembros principales!*

—El caso es que le fui a ver. Me recibí con esa simpatía arrolladora tan particular de los Borbones. Estuvimos hablando largamente de la situación que se avecinaba en España. «Señor —le dije—, mañana se muere Franco y, para nosotros los monárquicos, el dilema va a ser considerable, porque nos vamos a encontrar con dos reyes: Vuestra Majestad —a don Juan siempre le llamábamos el Rey— y el Príncipe. La pregunta es: ¿qué hacemos?» Don Juan me miró muy serio y, contundente, me contestó: «Al Príncipe hay que ayudarlo a fondo». Yo pensé que si el señor decía esto es porque él también pensaba ayudar a su hijo a fondo. De lo contrario, no tenía ningún sentido lo que acababa de decir. Y, en efecto, le ayudó a fondo...

A fin de cuentas, el deslegitimado fue el pobre don Juan. Y su hijo, aquél al que en un principio se le negaba la posibilidad de ser un Rey democrático, nos dio la gran sorpresa. En España nos equivocamos todos con respecto a don Juan Carlos. Yo el primero. Porque se tragó en el silencio todos los sapos que se



QUECA
Periódicamente, el Rey preside el Consejo de Ministros.

tuvo que tragar; nosotros creímos que le faltaba carácter, que era un poco corto y, por tanto, poco apto para reinar. Los cortos éramos no-

«La fortuna de esta monarquía es que no hay monárquicos organizados para defenderla»

sotros. Porque aquellos silencios del entonces Príncipe, aquella discreción de la que hacía gala, aquella casi ominosa indiferencia ante las ordinariencias y los desaires que le

prodigaba la gentuza que rodeaba a Franco, sólo podían disimular —hoy lo sabemos— un carácter férreo, una voluntad de espera sin límites, una voluntad de poder verdaderamente prodigiosa. En la vida debe ser un jugador de póker de primera magnitud.

Felipe asiente varias veces con la cabeza antes de contestar:

—Tienes toda la razón. Son esos unos datos caracteriológicos que nunca se han destacado bastante cuando se ha tratado de definir la personalidad del Rey. Es cierto que nos equivocamos todos. A este propósito te voy a contar lo que me ocurrió hace días. Cenaba yo en un

Felipe, ante el vídeo del 23-F

«Tuve ganas de vomitar al ver a Tejero»

Felipe nos espera ante una taza de café, sentado en el mismo butacón de ayer, con la pierna extendida y el pie reposado sobre un almohadón.

Paso al ataque:

—¿Tenéis un vídeo en casa?

—Sí. Tengo uno en mi despacho.

Me siento frente a **Felipe**.

—Hemos traído el vídeo del asalto al Congreso el 23 de febrero. Nos gustaría que lo viéramos juntos mientras que haces los comentarios pertinentes.

Los técnicos disponen el vídeo en el despacho adyacente. La pequeña pantalla se ilumina. **Tejero** aparece en un primer plano, empuñando una pistola, el bigote irreal y el tricordio de charol brillando bajo la luz de las arañas.

—¿Qué sientes, **Felipe**, al ver de nuevo esta terrible escena que tan ma-

la imagen creó a España en el resto del mundo?

Felipe tarda unos segundos en contestar. Tiene los labios crispados y la mirada súbitamente dura.

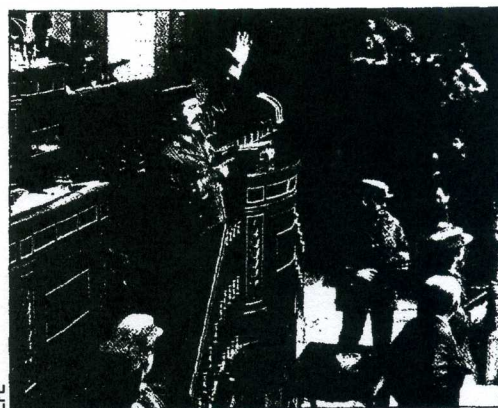
—No te puedo explicar exactamente por qué, pero para mí la superación de ese trauma fue rapidísima. Sin que pueda negar, por otra parte, que fue un trauma importante, tanto para mí como para todos los que vivimos aquellos..., aquellos terribles instantes.

En la pantalla, **Tejero** se acerca disimuladamente a **Gutiérrez Mellado**, que ha abandonado su escaño, hasta situarse a espaldas del general.

—Yo el primer sentimiento que tuve cuando se produjo la entrada de **Tejero** en el hemiciclo fue también de asco. Tuve ganas de vomitar.

—¿Suárez se quedó sentado en todo momento—le pregunto a **Felipe**.

—No. Suárez se levantó después de la segunda intervención de **Gutiérrez**



«El primer sentimiento que tuve cuando entró **Tejero** fue de asco.»



Líderes y partidos han coincidido en aceptar y elogiar la labor de don Juan Carlos.

restaurante madrileño con varios personajes del mundo de las finanzas, cuando uno de ellos me reprochó —¡después de tanto tiempo!— que nosotros, los socialistas, recibiéramos sentados al Rey en su primera aparición en las Cortes. «Además —añadió el personaje—, fuisteis los únicos que también se abstuvieron de aplaudirle.»

«Los socialistas aplaudimos al Rey»

—¿Qué le contestaste?

—Le dije que tenía razón, que, en efecto, así fueron las cosas. Pero le recordé que cuando don Juan Carlos terminó su discurso fuimos los pri-

meros en levantarnos y aplaudirle por lo que acababa de decirnos. Expliqué que aquella actitud nuestra no fue ni gratuita ni caprichosa. Habíamos discutido previamente lo que nos parecía tener que hacer. La decisión final la tomamos sabiendo pertinentemente que nos enfrentábamos a un problema de Estado. Es verdad que los socialistas habíamos recibido al Rey sentados. Pero tengo la impresión de que treinta y ocho millones de españoles esperaron también sentados las palabras que iba a pronunciar ante la nación aquel joven monarca, para todos prácticamente desconocido. Hoy es justo conceder a don Juan Carlos —y no es un hala-

Mellado, pero le obligaron a sentarse a punta de metralleta. Se levantó otra vez. Yo creo que había tomado la decisión de jugarse el todo por el todo... A mí, luego de un lapso de tiempo bastante corto, me sacaron del hemisclio...; se me acercó un sargento de la Guardia Civil y me dijo: «don Felipe González, haga usted el favor de seguirme». Y cuando me llevaba por el pasillo me interpeló el presidente del Consejo de Estado (Antonio Jiménez Blanco) para despedirse de mí. Me volví hacia él. Estaba muy pálido. Me dijo: «Bueno, Felipe... adiós». No se atrevió a decirme nada más, y me dio la mano. Fue un rasgo humano sencillamente maravilloso.

Aparece de nuevo en la pantalla Antonio Tejero. Habla a gritos con los guardias que le rodean.

—Entraba y salía con cierta frecuencia del salón del reloj, donde estaba-

mos detenidos nosotros...; tenía todas las apariencias de un actor de vodevil. Nos miraba uno a uno con gesto teatral, luego miraba al techo unos segundos y, por fin, salía del salón erguido, mascullando palabras ininteligibles. Muchas de aquellas gentes tenían trazas de haber bebido demasiado. Se oían gritos, insultos, amenazas...

—¿Qué clases de amenazas?

—Amenazas de muerte. «¡De aquí no salimos ninguno! ¡Matamos antes a toda esta gente!» (...)

Por la pantalla desfilan hombres armados, con las metralletas apuntando a ministros y diputados.

—El espectáculo del secuestro del Congreso —murmura Felipe— fue una vergüenza nacional. Se ha discutido mucho acerca de la importancia de este vídeo. Era necesario que la gente, fuera y dentro de España, supiera lo que pasó exactamente. Y que supiera tam-

go— el mérito de haber puesto en pie a esos treinta y ocho millones de españoles —bueno, no tanto, porque se ha ganado la enemistad de los que creían que la monarquía estaba al servicio de unos pocos— que se han levantado, pero, como nosotros, se han levantado después.

Felipe reflexiona unos instantes antes de añadir:

—Quizá la gran fortuna de esta monarquía sea el que no hay monárquicos organizados para defenderla.

—A Dios gracias.

—Sí, quizá sea su gran fortuna histórica. En definitiva, lo que existe hoy en España es el respeto de un pueblo por la tarea de un hombre. Me parece a mí tremendamente importante. Por eso, cuando a veces se discute acerca de la importancia de

«Nunca creí que don Juan se interpusiera entre el trono y su hijo. Yo creo que la madre lo hubiera impedido»

la Institución comparada a la importancia de la persona real, a mí me suena a discusión sin fundamento. Sin fundamento y perfectamente innecesaria. La Institución no es separable de la persona. Yo no aceptaré nunca la argumentación de ciertos monárquicos «de toda la vida» que sostienen que «la monarquía es lo sustancial y la democracia lo accidental». Yo creo que lo sustancial para el sistema monárquico reside en que esté profundamente ligado

bién que existen individuos capaces de llevar a cabo actos como éste.

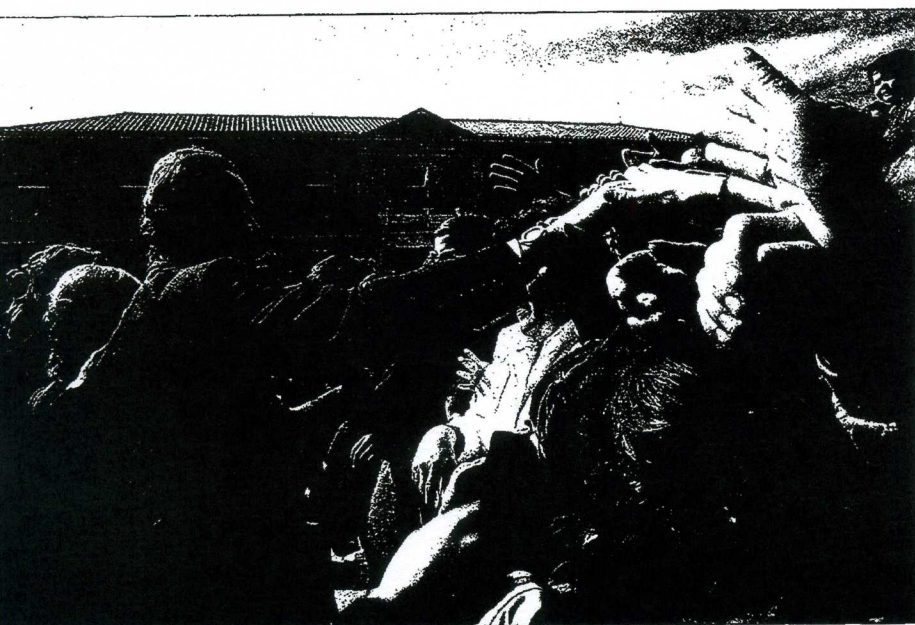
Se oyen en el televisor voces aguantosas, gritos, imprecaciones.

—En general, la reacción de los que estábamos allí no fue de miedo. Fue de consternación, de asco. Lo que sí resultaba impresionante eran los sentimientos que se podían leer en ciertos rostros...

—¿Cómo se portaron los guardias con vosotros?

—Había de todo... Mira, cuando me hicieron entrar en el salón del reloj pusieron inmediatamente a un guardia de vigilancia. El hombre estaba en tal estado —sudaba copiosamente y sostenía la metralleta con manos temblorosas— que el propio sargento se asustó y le ordenó que se marchara. Fue una escena muy corta, pero tremenda.

(Fragmento resumido del libro citado.)



Los españoles se han unido en torno a su Rey.

—como lo está— con el ansia de libertad y de convivencia en democracia de este pueblo. Esto y no otra cosa es lo verdaderamente importante. No se trata de ningún modo de anteponer la Institución a la persona, o viceversa. Quien se ha ganado el respeto del pueblo español ha sido un hombre, y este hombre encarna la Institución. Porque, no nos engañemos, no es una Institución en abstracto la que se ha ganado ese respeto.

Respeto a don Juan Carlos

—¿Existía en España un sentimiento monárquico a la muerte de Franco?

—No. No lo había.

—¿Lo hay en la actualidad?

—Lo que hay en la actualidad es un sentimiento de respeto y de admiración por el Rey de España. Antes de mi primera entrevista con el Rey —no creo que sea indiscreto contarle aquí— habíamos discutido en el equipo de dirección del partido sobre la posibilidad de que surgiera la cuestión Monarquía o República. La habíamos desechado porque nos parecía que, desde la Jefatura del Estado, el Rey no iba ni siquiera a plantear el tema. Cuál no fue mi sorpresa cuando, al cabo de unos minutos de conversación, el Rey, con una naturalidad desconcertante, me preguntó: «Bueno, ¿y por qué vosotros sois republicanos?». Sí, admito que me quedé mudo unos instantes. Luego se me ocurrió contarle a don Juan Carlos

una anécdota que me había impresionado mucho. Creo, aunque no estoy muy seguro, que a mí me la contó Olof Palme. La cosa ocurrió en Suecia con la llegada al poder de la socialdemocracia que, durante la campaña electoral, había abogado por un régimen republicano.

«Insistían en que había que legitimar al padre y deslegitimar al hijo. Yo me negué a entrar en ese juego»

El monarca sueco —esto ocurría allá por los años 37-38— convocó al primer ministro «in pectore» y le dijo: «Señor primer ministro, aquí existen dos posibilidades. La primera es que cumplan ustedes su programa electoral y que, por consiguiente, dada la mayoría de que disponen ustedes, el cambio no sea sólo político, sino también de régimen, de tal manera que proclamen ustedes la República. La segunda posibilidad es que sigan ustedes acatando el régimen institucional monárquico. Yo le he convocado, señor primer ministro, para asegurarle que, en cualquiera de los dos casos, estoy decidido a obedecer la voluntad popular. Pero le propongo a usted un compromiso: funcionemos durante un año tal como estamos, para no añadir un trauma más al que la sociedad sueca está padeciendo debido al cambio de fuerzas políticas. Si no va bien,

dentro de un año volveremos a hablar. Pero antes de que se marche, señor primer ministro, quiero añadir una cosa: la Monarquía le sale siempre mucho más barata al pueblo que una República. Conmigo en la Jefatura del Estado se ahorrarán ustedes las elecciones presidenciales, que en todos los países de régimen republicano cuestan un verdadero dineral». Pasó un año, pero el ministro socialdemócrata nunca volvió a hablar del tema con el monarca sueco, y así hasta hoy. Don Juan Carlos me había escuchado atentamente sin dejar de sonreír. Creo que no me equivoqué al contestar de esta manera a su desconcertante pregunta. Aunque el Rey pareció divertirse, yo sé que comprendió perfectamente que no se trataba de un mero «divertimento» y que yo había elegido la tangente de la anécdota para contestar profunda y seriamente a su pregunta.

—Supongo, sin embargo, que sería un poco atrevido afirmar que el PSOE es hoy monárquico.

—El PSOE no ha sido monárquico porque, hasta ahora, la Monarquía española siempre ha sido antisocialista. Por lo menos lo era el entorno del monarca. Como tú mismo lo has dicho hace un momento, el último rey de España nunca tuvo contacto alguno con el socialismo. Es más, estoy seguro de que sentía hacia el partido una cierta repulsión, cuando no un cierto temor. Una vez superado ese trauma histórico, lo que ha figurado tradicionalmente en el programa del PSOE hasta el año 31, y que volvió a recuperarse durante la época de la clandestinidad, es el régimen transitorio del que tanto se ha hablado, sin signo institucional alguno, de manera que fuera el pueblo español el que, soberanamente, tomara una decisión sobre este punto.

Felipe añade, enfatizando repentinamente sus palabras:

—No hay una esencia republicana en el Partido Socialista Obrero Español. Hubo, sí, fundamentalmente, un proyecto republicano durante la época del general Primo de Rivera, e incluso en la época anterior, porque era la única posibilidad de alternativa a un régimen de dictadura o de semidictadura. ¿Estás de acuerdo?

José Luis de Vilallonga
(Del libro «Los sables,
la corona y la rosa»)

Copyright Argos Vergara/TIEMPO